

bondad de ir por ella a la botica, en tanto que yo le aplico otros remedios.

Pablo iba a obedecer; pero Elisa comprendió la intención del doctor, y, asustada, exclamó con trabajoso acento:

—No..., no..., sería tarde... No se vaya usted, Pablo..., no se vaya usted...

—Pero...

—Se... lo... ruego...

—Bien, me quedaré. Había venido a invitar a usted a que marchase con sus dos tiernas criaturas a pasar en mi rancho algunos días para que se distrajesen y, por lo mismo, permaneceré aquí hasta que vuelva usted de su letargo, y me diga si tiene la bondad de admitir mi humilde oferta.

—¡Gracias..., gracias...!—exclamó Elisa, tranquila ya de ver que nada debía temer de Willey.

Este maldijo interiormente la llegada del indio Pablo. Vea frustrados sus inicuos planes en los momentos mismos en que se había encontrado próximo a realizarlos. Elisa tenía fijos los lánguidos ojos en Pablo, y la palidez de la muerte, causada por el narcótico, velaba su semblante. De repente se estremecieron todos sus miembros. Un frío glacial circuló por sus venas. Su vista fué amortiguándose por grados. Hizo otro estremecimiento, y quedó profundamente dormida.

Pablo se cruzó de brazos, esperó de pie y enfrente a ella, a que volviese de su letargo. El doctor hizo un gesto de desesperación. Se veía obligado a renunciar a sus bastardos deseos, cuando creía realizada la mitad de su plan, y esto le desesperaba. Hubiera querido poder marcharse para evitarse aquel tormento; pero consideró que esto podía despertar sospechas a Pablo respecto al narcotismo de Elisa, y se vió precisado a permanecer allí, frente a su víctima, pero sin poder dañarla.

Pablo y Willey eran, el uno el genio del bien, y el otro el genio del mal, alentando distintos sentimientos. Eran el ángel bueno y el ángel malo, colocados uno frente al otro, en los instantes más solemnes. Eran el San Miguel y el ángel rebelde, oprimiendo aquél su planta al rey de las tinieblas y del crimen.

CAPITULO XXI

La «jamaica»

Entre las agradables costumbres que hacen de México un país risueño y encantador, un oasis florífero y delicioso, en medio de las convulsiones políticas que lo han agitado, se encuentra una que está en armonía con el carácter jovial, dulce y amable de sus hijos, con lo poético de su exuberante suelo, con sus limpios horizontes, con sus pintorescos valles y su transparente cielo. Esta costumbre es la conocida con el nombre de «jamaicas», que consiste en reunirse en algún jardín particular de la ciudad, varias familias de fina educación y buen humor, a pasar alegremente un día destinado al contento, al baile y al placer.

Para conseguirlo cumplidamente, se improvisan a ambos lados de las calles que forman el jardín, ligeras y pintorescas tiendas de flores y enramadas, donde las señoritas, despojadas de sus elegantes vestidos de seda, y disfrazadas con algún gracioso traje popular, obsequian con helados, horchata, dulces, tamales y atole de leche, que fingen vender graciosamente a los concurrentes que, vestidos también al uso del pueblo, y provistos de vistosas fichas de marfil, que se les dan a la entrada, se acercan a las floríferas tiendas a comprar con ellas, y a tener un rato de agradable conversación con las lindas vendedoras que embellecen aquel pensil que la misma Flora envidiaría.

Nadie penetra en estos recintos de flores y de aromas, de luz y de alegría, más que las finas y escogidas personas que han alcanzado la dicha de ser convidadas por alguna de las que han dispuesto la deliciosa «jamaica».

Allí, los dulces acordes de la alegre música se asocian al blando murmullo de la perfumada brisa que mece las hojas de los copudos árboles, al manso ruido de las fuentes y al melodioso canto de las canoras aves, que parecen dominadas del general contento; allí, los jóvenes de ambos sexos, bailando los unos las alegres sonatas populares con hechicera gracia, vendiendo otros, y comprando los dulces y la horchata con que cada vendedor ha provisto abundantemente su florífera tienda para obsequiar a cuantos a ellos se acercan, fingiéndose algunos, agentes de policía para dar lugar a la broma de conducir al amigo que gusten a una enramada prisión, donde los carceleros, que son varios señores

y no pocas señoritas, le ponen grillos de olorosas flores y le sirven en doradas copas el espumoso champagne, realizando así los deleites de la deliciosa Jauja, donde es fama que la naturaleza brinda al hombre todos sus preciosos dones.

La vez primera que alcancé la dicha de asistir a una de esas «jamaicas» de la fina sociedad, mis ojos quedaron deslumbrados y mi corazón conmovido. Allí se armonizaban admirablemente los placeres y la franqueza del campo, con las comodidades y la abundancia de las grandes ciudades. El perfume de las silvestres flores y las suaves esencias del tocador, se asociaban dulcemente para embalsamar la atmósfera.

Por desgracia, esta costumbre tan grata y deliciosa, ha ido decayendo de día en día, a causa de las continuas convulsiones políticas, que han acabado con el humor festivo y la tranquilidad que antes reinaban en la deliciosa región de Anáhuac.

Pero dejemos consideraciones y trasladémonos a la «jamaica» que tenía lugar en el jardín de don Emilio, el día en que nos encuentra nuestra historia.

Resuelta ya la unión de Clotilde con Leopoldo, y deseando proporcionar a la primera todo el solaz y distracción que acudiesen al restablecimiento de su salud, ya bastante mejorada, había dispuesto el señor Landeta aquella diversión, a la cual había convidado a los más electos de la ciudad.

El jardín era grande, hermoso y bien cultivado. Largas calles, orilladas de copudos árboles y de bellísimos rosales, conducían a una espaciosa glorieta, sombreada por elevadísimos álamos blancos que, circundándola por todas partes, juntaban sus sonantes ramas a una inmensa altura, formando una verde y fresca bóveda, por donde dudaban penetrar, tibia y dulcemente, los limpios rayos del fulgente sol. Una hermosa fuente, en medio de cuya inmensa taza se veía a Neptuno, robusto en las formas, de varonil presencia, de larga barba y lacio cabello cano, de pie, sobre una hermosa concha con ruedas, tirada por cuatro fogosos caballos marinos, teniendo en una mano las riendas, y en la otra, el poderoso estridente, se encontraba en el centro, rivalizando en belleza con la que se ostenta en el espacioso Paseo del Prado de Madrid.

Al pie de los copudos álamos que circundaban esta deliciosa glorieta, formando con sus robustas ramas un esmaltado techo, se levantaban airosas y risueñas, engalanadas de verde enramada y de vistosas flores, improvisadas y ele-

gantes tiendas, ocupadas por lindas señoritas, vestidas con el airoso traje popular, realizando un encantado pensil de pintorescas grutas, habitadas por aéreas y vaporosas ninfas.

Pero no sólo alrededor de la glorieta, sino también entre los árboles que orillaban todas las perfumadas calles del jardín, se veía otra multitud de estas pintorescas tiendas, donde las flores menos seductoras eran las que ostentaban las preciosas plantas, pues quedan eclipsados sus colores por los de las bellas y lucientes rosas, que dentro de las poéticas grutas recibían con afabilidad las visitas de los galantes caballeros que, provistos de labradas fichas de marfil, se acercaban a comprar la fresca limonada, escanciada por las seductoras sirenas del país de Moctezuma.

Todo respiraba placer y contento en aquel sitio, que realizaba los cuentos de las Mil y una Noches.

La música, el canto de las aves, el murmurio de las fuentes, el dulce acento de las jóvenes, el suave movimiento de las hojas acariciadas por la brisa, las inquietas mariposas que agitan sus pintadas alas libando el néctar de las flores, el limpio azul del claro cielo, la preciosa alfombra de esmaltada grama que adornaba el suelo, todo concurría y se asociaba para imprimir a aquella alegre fiesta todo el aire de vida y novedad, de atractivo, de franqueza y sencillez que con tan brillante colorido suelen pintarnos los poetas.

Aquí, en una aromática y enramada tienda, en cuyo frontis se lee en letras doradas: «A la Primavera», se ve una graciosa horchatera, con sus hermosas trenzas colgando, vestida con cortas enaguas de riquísimos pañuelos de seda y ostentando un pie oprimido por unos zapatitos verdes, bordados de oro y lentejuela, despachando en brillantes y finos vasos la blanca y sabrosa horchata. Allá una linda tamarera de hileras de blancos y menudos dientes, envidia de las perlas, exclama sin cesar, con acento más blando y dulce que las auras: «Aquí hay tamales cernidos, mi alma: de chile, de dulce y de manteca, donoso, pasen a merendar.» No lejos de ella se descubre a una simpática confitera, despachando, en primorosas cajitas, las almendras garapiñadas, el rico dulce de coco, el camote cubierto, y cuanto de más exquisito puede apetecer el paladar más regalado.

Los hombres, por su parte, tampoco habían descuidado nada de lo que podía contribuir a dar a la fiesta un aire popular.

Quién, cubierta la cabeza con un sombrero de paja de inmensas alas, en mangas de camisa, sujeto el pantalón

ancho por una banda encarnada de seda, sacando del estómago una voz ronca y extraña, sentado sobre un petate, y teniendo delante unas canastas con regaladas y variadas frutas, gritaba desaforado: «Al tostado de «urno», aparen, aparen, cuántos cuartillos lleva.» Quién, con el cabello en agradable desorden, y parado junto a la puerta de su enramada tienda, exclama con ronco acento: «Pasen, niñas, a beber el Ometusco; ¿dónde va la niña?; entren a refrescar»; y quién, acompañado de varios que fingen ser sus mozos, despacha en otra gruta los helados más exquisitos.

En un sitio de la huerta que formaba un bosque de naranjos y limoneros, se descubría una casita de madera de agradable apariencia, en cuya portada se leían estas palabras: «Penitenciaría». Estaba rodeada de pintoresca enramada y de blancas y amarillas campanillas de los campos; su techo, construido de verdes ramas, ostentaba multitud de bandas de colores, de que pendían rústicas jaulas con canoras aves de brillante plumaje. En cada uno de los ángulos de esta pieza, había una mesita rústica, en que varias encantadoras jóvenes, airosamente vestidas, servían a los presos el aromático café en doradas tazas, y en brillantes copas el espumoso champagne, no sin haberles puesto primero con sus redondas manos preciosos grillos de fragantes rosas.

Una comisión de cinco hombres, que representaba la policía, recorría todos los puntos del jardín, llevando por espada cada individuo, un rico salchichón, y por pistola una botella de generoso jerez.

Nada había allí que no fuera selecto y escogido. Vendedores, compradores, criados, horchateras, gendarmes y carceleras, todos pertenecían a lo más granado de la sociedad.

Sólo los músicos, ajustados para que tocasen todo el día, pertenecían a la clase baja, y se complacían en ver bailar a los jóvenes de la fina sociedad con indecible gracia y perfección, las alegres sonatas populares, imitando exactamente el aire y los movimientos de la gente del pueblo.

Las tiendas, el baile y la penitenciaría, estaban llenas de gente, que acudía a tener un momento de agradable conversación con las ninfas que dentro se encontraban, y muchos rogaban a la complaciente policía que los condujesen a la prisión, para ser engrillados por las sirenas encargadas de la custodia.

Por entre las risueñas tiendas que circundaban la glorieta principal, y que semiocultas entre los árboles y enramadas remedaban otros tantos nidos de blancas palomas

llamaba la atención una por su graciosa sencillez y su delicado gusto.

Sobre la portada se descubría un elegante rótulo, formado con violetas naturales, que contenía estas palabras: «A la Flora Mexicana». Las paredes, el techo, el mostrador, los asientos, el pavimento y cuanto, en fin, constituía aquella risueña mansión, estaba formado con bellísimas y fragantes flores, perfectamente combinadas.

Sobre el mostrador, y colocados en vistosos jarrones de porcelana de China, y en brillantes vasos de colores llenos de agua cristalina, se veían preciosos ramilletes, hechos con una gracia cautivadora.

El rótulo que, como hemos dicho, se ostentaba en la puerta, correspondía perfectamente con la gracia y belleza que resaltaba en la hechicera joven que, entre aquel pensil de ramilletes, personificaba a la ninfa Cloris, a quien Céfiro dotó de eterna juventud, le dió el imperio de las Flores y el nombre de Flora.

Era una mujer de dulce fisonomía y hechiceros ojos, en cuyo ovalado y pálido rostro, apacible y grato como la luna, se dejaba conocer que había padecido una de esas enfermedades del corazón, tan comunes en las mujeres dotadas de finos y tiernos sentimientos.

Su traje era airoso y bien cortado, como el que llevan las ricas campesinas de Anáhuac, y que consistía en unas finísimas enaguas cortas de raso azul celeste, con flores doradas, sujetas a la flexible cintura por una banda de seda con borlas de oro, que colgaban graciosamente por detrás. Su pequeño pie lo calzaba un zapato de raso blanco, que ostentaba encima de la punta una flor de oro, primorosamente bordada; su turgente seno veíase cubierto por una finísima camisa de Holanda, con preciosos dibujos de seda de variados colores, y un rebozo punzó, que hacía resaltar más y más la blancura de su suave cutis, descansaba graciosamente sobre sus redondos hombros, mórbidos y blancos como sus torneados brazos. Su hermoso y abundante pelo, que en dos trenzas le caía sobre su ebúrnea espalda, estaba sujeto en sus puntas por una cinta encarnada, que resaltaba sobre el color azul de sus airosas enaguas; y en su poética cabeza veíanse prendidas con gracia dos hermosas rosas, una blanca, y encarnada la otra, que llamaban la atención por sus limpios colores y la belleza de sus hojas.

El mostrador de esta florífera tienda estaba lleno de galantes jóvenes, que acudían a comprar esos lindos rami-

lletes, para tener el placer de hablar con la encantadora diosa de los pensiles.

Solamente dos hombres, lejos de aproximarse a ella, se mantenían a regular distancia, sentados debajo de unos árboles y retirados del resto de la concurrencia.

El adusto ceño de sus rostros, las miradas recelosas que dirigían de vez en cuando a su alrededor para ver si alguien se acercaba a ellos, y la conversación que en voz baja sostenían, daban a entender que trataban de algún asunto extraño al motivo de aquella alegre fiesta.

—Estoy anhelando que la diversión termine, porque me ahoga la ira—dijo uno de ellos.

—Pues no hay más que armarse de paciencia—contestó el otro— y aguantarse hasta el fin, porque al retirarnos, después de haber concurrido, sería llamar la atención de todos, y muy particularmente de don Emilio, que lo traduciría por un grosero desaire.

—Pero, ¿quién tiene calma para ver la alegría de la mujer que nos aborrece, los obsequios que la tributan, y la satisfacción insultante de un rival?

—Eso debió usted haberlo meditado antes de haber aceptado el convite.

—¿Es decir, que no hay más remedio que aguantar?

—No queda otro.

—¡Excelente diversión!

—¿No le dije a usted con tiempo que era mejor no admitir el convite, pretextando cualquier negocio? ¿No está resuelto el salir de México mañana mismo, puesto que nada tenemos que esperar aquí de bueno, y sí mucho que padecer?

—Es verdad; pero yo quería verla siquiera por la última vez, y a ello me impulsaba un resto de esperanza, de que tal vez Leopoldo perecería en el último lazo que le tendimos anoche.

—¡Vana esperanza! A ese hombre le protege Luzbel, lo mismo que le protege a ella. Leopoldo sale ileso de todos los ataques que le dirigimos, y usted ha visto que para Clotilde no hay venenos eficaces. Cualquiera de los que mezclé en las medicinas que le recetaba durante su enfermedad, hubieran acabado con la vida de la persona más sana y robusta, y ella, que estaba débil y expirante, ha recobrado la salud cuando yo le daba a beber la muerte.

—Es cierto; yo celebro que Clotilde no haya sucumbido, pues si en un momento de frenesí y de celos decreté su muerte, mi rencor y mi odio sólo deben alcanzar al afortunado rival por quien me deja.

—Es decir que a ella...

—A ella no le deseo la muerte, sino que no pertenezca a nadie sobre la tierra, puesto que a mí no es dado alcanzar la dicha de poseerla.

—Ese rasgo de generosidad me admira.

—¡Qué quiere usted! La belleza de las mujeres ejerce sobre mi corazón un sentimiento de piedad que contrasta con todos los demás actos de mi vida.

—Confieso que, con respecto al bello sexo, pensamos de muy distinta manera. Yo, cuando he agotado todos los medios de alcanzar mis fines, apelo al rapto.

—Pero usted mismo sabe, por experiencia, que un rapto no siempre es coronado con la satisfacción de un deseo. Por ejemplo: Luz y Adela, que están hace algún tiempo bajo el poder de usted, no han sucumbido aún.

—Por lo que hace a Luz, esta noche será mía, estoy seguro.

—¡Cómo!

—Le he preparado un nuevo cuarto, donde he colocado las sillas y butacas de resortes que mandé traer, y que, como dije a usted, sujetan al individuo que se sienta en ellas, sin dejarle movimiento alguno.

—Y ella, ¿nada sospecha?

—Absolutamente nada; y como voy a decirle que le he dispuesto aquella pieza, porque salgo mañana para Europa y anhelo que sus padres la encuentren en un sitio decentemente amueblado, necesito que usted me acompañe, para que así se persuada de que es cierta mi resolución, y pase a la pieza dispuesta, en donde al verse sola, indispensablemente se sentará quedándose sin defensa.

—¡Ah! ¡usted va a ser feliz!

—Es preciso celebrar mi salida de México, dando una lección de moral.

—¿Y con Adela, qué piensa usted hacer?

—Esa va caminando ya para Veracruz en una litera, custodiada por nuestros socios de fabricación, como caminaba nuestro preso Ricardo, según me habéis referido, y del cual pensó usted sacar un rescate que no se ha verificado.

—¡Ricardo!—exclamó aterrado Duval; pues el lector habrá conocido ya que los interlocutores no eran otros que el personaje que acabamos de nombrar y el doctor Willey.

Duval, como hemos dicho otras veces, había ocultado a su socio todos los actos de su vida pasada, para no verse obligado a dividir con él los bienes adquiridos antes de asociarse; pero no pudiendo evitar que supiese la prisión